

Andrés Bastejane, "De manpagios e imprtunios. Jovis - Antoine Vundel-Keyf  
en Chile", en XIX. Historias del siglo diecinueve chileno (Santiago:  
Vergara, 2006), pp. 71-98.

# XIX

## HISTORIAS DEL SIGLO DIECINUEVE CHILENO

JUAN LUIS OSSA  
ANDRÉS ESTEFANE  
NICOLÁS OCARANZA  
CRISTÓBAL GARCÍA-HUIDOBRO  
PABLO MOSCOSO  
JOAQUÍN FERNÁNDEZ  
ANDRÉS BAEZA



## INDICE

• Presentación.....	11
• Los autores.....	19
• I. AMOR, AMISTAD, NEGOCIOS Y POLÍTICA. DIEGO PORTALES A TRAVÉS DE SU EPISTOLARIO	
Juan Luis Ossa.....	23
• II. DE NAUFRAGIOS E INFORTUNIOS. LOUIS ANTOINE VENDEL-HEYL EN CHILE	
Andrés Estefane.....	71
• III. FRANCISCO BILBAO. LA CONCIENCIA CRÍTICA DE UN JOVEN LIBERAL CHILENO	
Nicolás Ocaranza.....	99
• IV. LA CUESTIÓN DEL SACRISTÁN: HISTORIA EN DIEZ ACTOS	
Pablo Moscoso.....	131
• V. MAYO DE 1859. LA CAÍDA DE COPIAPÓ Y EL FIN DE UNA REVOLUCIÓN	
Joaquín Fernández.....	161
• VI. LA PICANTERÍA. UNA TERTULIA DEL SIGLO XIX	
Cristóbal García-Huidobro.....	191
• VII. LA MUERTE DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA: “... EL SACRIFICIO ES LO ÚNICO QUE QUEDA AL HONOR DEL CABALLERO”	
Andrés Baeza .....	237
• Bibliografía .....	263

ANDRÉS ESTEFANE

*De naufragios e infortunios*

## *Louis Antoine Vendel-Heyl en Chile*

Los tiempos se habían vuelto tan azarosos  
que el viajero salía al camino esperándose lo peor,  
como en los días de la Edad Media.

ALEJO CARPENTIER, *El siglo de las luces*

Con la timidez de quien penetra en territorio ajeno, los intelectuales, artistas y científicos del siglo XIX comienzan a hacerse un lugar en el militarizado panteón de nuestra república. Sus perfiles, ayer desconocidos o abiertamente ignorados, hoy tienen una fisonomía más clara y se instalan en un horizonte que lentamente salda cuentas con quienes han permanecido marginados del homenaje público y el culto oficial. A punta de hallazgos, reinterpretaciones o nuevas perspectivas se van desempolvando indicios de una historia distinta, de un relato que nos enfrenta con un proyecto cuya suerte no solo se definió en los campos de batalla, sino también en el mundo de las ideas, los ajetreos de la creatividad y los afanes de la ciencia.

Si nos situamos en otro frente, el de la «historia social», vemos aparecer a esos hombres y mujeres que vivieron ajenos a las esferas influyentes, personajes que parecían transitar en silencio a la espera

de oídos finos y miradas atentas, o al menos interesadas en registrar sus peregrinas demandas y particulares formas de organización. Así, sumando aproximaciones y contrastando propuestas, asistimos a la articulación de una narrativa fresca, que junto a la pretensión de rebautizarnos como ciudadanos, busca poner fin a un largo divorcio con el pasado.

La tarea, sin embargo, tiene sus complicaciones. Entender la ruta que hemos seguido para arribar a este puerto supone también asumir aquellos episodios que nos han fracturado, integrar los problemas de larga data y debatir sobre nuestros desaciertos. En otras palabras, exige un ánimo dispuesto a no transar frente a las sutiles estrategias del olvido, atrevernos a mirar la historia sin precauciones, libres de esa perniciosa autocomplacencia que impone ignorar los detalles pendientes de una construcción supuestamente ejemplar.

En esa línea se insertan las páginas que siguen. Alertados por referencias dispersas, digresiones y comentarios al pasar, decidimos aproximarnos al perfil de un intelectual decimonónico que experimentó los rigores de una compleja relación con el poder: Louis Antoine Vendel-Heyl (1791-1854), destacado estudioso de la cultura clásica que abandonó su Francia natal para fijar residencia en Chile a mediados de 1840. Si bien la fama y el reconocimiento internacional le facilitaron una inmediata acogida en los círculos intelectuales de nuestro país, la radicalidad de su postura ideológica terminó por convertirlo en un extranjero indeseable, en un elemento disolvente que ponía en riesgo el orden consagrado por una elite presa de la intolerancia y el fanatismo religioso. Poco importaron sus méritos, su incansable trabajo editorial o el compromiso con que abrazó las tareas pedagógicas. Condenado a la indiferencia y el total abandono, Vendel-Heyl debió refugiarse en sí mismo para sobrellevar la ingratitud de un pueblo que hasta el último momento desconoció sus desvelos.

Recrear esta historia es relevante por dos motivos. Vendel-Heyl forma parte de esa extensa lista de intelectuales, científicos y artistas que configuraron los cuadros docentes de aquellas instituciones

donde se formó la inquieta generación liberal que irrumpirá en la escena pública en la segunda mitad del siglo XIX. Por ello, conocer sus intereses y aspiraciones nos conecta –desde los márgenes– con el proceso de construcción del orden republicano-liberal que condicionará la historia política de nuestro primer siglo de vida independiente. De ahí la imperiosa necesidad de actualizar el recuerdo de estos anónimos maestros, que desde un segundo plano, y con el único recurso de la palabra, sentaron las bases de una agenda que modificará sustancialmente el panorama ideológico de la joven república.

Asimismo esta historia nos invita a tomar distancia de esa imagen autocomplaciente de un Chile que emerge como un paraíso o asilo perfecto para los intelectuales extranjeros que arribaron a sus costas. No podemos negar que sí fue un buen destino para quienes ansiaban ese reconocimiento vedado en la propia comarca, para aquellos que deambulaban con la esperanza de la estabilidad vital o para los desterrados forzosos. Sin embargo, hemos de reconocer que otros no encontraron aquí más que desdichas e incomprensión. Para ellos, «la copia feliz del Edén» se convirtió en el peor de los infiernos.

### **Valparaíso, 1840**

La tarde del 23 de junio de 1840, el puerto de Valparaíso mostraba inusual agitación. Los tripulantes de una frágil chalupa pedían desesperadamente auxilio para la fragata francesa *L'Oriental*, que había zarpado rumbo al norte hacia el mediodía y que ahora naufragaba en las proximidades de la Punta del Buey: su casco se encontraba gravemente averiado tras un violento choque con roqueríos submarinos. Los fleteros de la playa dispusieron inmediatamente doce embarcaciones para ir en su ayuda, mientras los marinos de los buques ingleses fondeados en la rada hacían lo propio. La noticia se difundió rápidamente entre los habitantes del puerto, y durante

toda esa noche y la mañana siguiente, los numerosos voluntarios que habían concurrido al sitio del siniestro trabajaron incesantemente para asistir a los tripulantes y rescatar los valiosos objetos que la nave transportaba. Previendo eventuales sustracciones, el gobernador Juan Melgarejo desplegó un piquete de soldados para custodiar los efectos que se acumulaban en tierra. Así, lentamente volvió la calma. Según los balances, nada se había perdido.

*L'Oriental* había iniciado su travesía los primeros días de octubre de 1839. Completamente equipada en el puerto de Nantes, la nave tenía la misión de circunnavegar el mundo entregando completa instrucción a un selecto grupo de jóvenes franceses y belgas, cuyos padres, bajo la dirección del capitán Augustin Lucas, colaboraron en la organización del viaje. La formación contemplaba cursos de matemáticas elementales y trascendentales, astronomía, marina teórica y práctica, construcción naval, geografía, estadística, historia, lenguas y literatura griega, latina, alemana, española, inglesa, francesa e italiana; sin contar con la experiencia que acumularían conociendo a los habitantes de los principales puertos y ciudades del globo. Para complementar ese impresionante plan de estudios los jóvenes realizarían observaciones hidrográficas, etnológicas y meteorológicas, que serían enviadas a las principales sociedades científicas y geográficas de Francia y Bélgica. La expedición contaba pues con valiosos instrumentos y aparatos de medición, a lo que se sumaba una nutrida biblioteca de textos científicos y literarios que servirían de guía para los estudiantes a bordo.

Las labores de enseñanza en esta «academia itinerante» estaban confiadas a un exclusivo cuerpo de profesores, entre los que destacaba el sabio humanista francés Louis Antoine Vendel-Heyl, encargado de las asignaturas literarias y de la coordinación general del programa de estudios. Vendel-Heyl debía su reputación a las investigaciones que desde muy joven había realizado sobre temas griegos y latinos —trabajos que recibieron elogiosos comentarios de sus pares, y de sus primeros maestros—, como también a una dilatada

trayectoria docente, iniciada auspiciosamente como agregado de la Universidad de París.<sup>1</sup>

Desde su arribo a Valparaíso, a fines de mayo de 1840, la nave concitó el inmediato interés de la población porteña. Conocida la misión de este «buque escuela», así como las credenciales de los profesores comisionados, toda la atención se fijó en los novedosos artefactos que portaban. Uno de ellos fue el daguerrotipo, flamante invento del francés Louis-Jacques-Mandé Dáguerre, cuya presentación pública se había realizado apenas dos meses antes de la salida de *L'Oriental* desde Nantes. El aparato venía a cargo del abate Louis Comte, físico que aparentemente había trabajado con Dáguerre en París y quien debía registrar «daguerrotípicamente» vistas de los lugares más atractivos visitados durante el periplo.<sup>2</sup> El segundo instrumento asombroso era el fisionotipo —operado por su creador, el profesor de construcción naval Pierre Louis Sauvage—, que permitía capturar el perfil de una persona generando una representación en yeso de notable exactitud. Interesado en registrar la fisonomía y forma del cráneo de los habitantes de diversas latitudes, Sauvage hizo publicar en las páginas de *El Mercurio* numerosos

---

<sup>1</sup> Barros Arana entrega una elocuente síntesis: «Hizo brillantes estudios bajo la dirección del sabio helenista José Planche; y en 1815 obtuvo, después de un examen largo y prolijo, el título de agregado de la Universidad de París, con la pensión anual de 500 francos. (...) Para Vendel-Heyl ese título fue sólo el principio de una carrera de honores. Profesor de retórica y subdirector del Colegio Real de Orleans, profesor más tarde de la clase superior de humanidades y retórica en el Colegio Real de Saint Louis en París, él se labró una brillante posición entre los humanistas más sabios de la Francia cuando apenas tocaba la edad de treinta y cuatro años». Barros Arana (1855), p. 200. Los elogiosos comentarios que siguieron a la publicación de sus obras aparecen en este discurso y también en un artículo biográfico publicado por Barros en *Sud-América. Revista científica y literaria*, entre diciembre de 1873 y enero de 1874.

<sup>2</sup> La presentación pública del daguerrotipo se realizó el 19 de agosto de 1839 en la Academia de Ciencias y Bellas Artes de París. La excitación provocada por el invento despertó la curiosidad del capitán Lucas, que acudió a Dáguerre para conseguir el revolucionario instrumento y así conservar un registro de los lugares visitados durante su viaje alrededor del mundo. No se conoce ninguna imagen de Chile tomada en el curso de este viaje, pero el arribo del aparato constituyó una sorprendente novedad para los locales. De hecho, *El Mercurio* publicará una extensa descripción del daguerrotipo (firmada por el Dr. Teodoro M. Vilardebó) el 6 de junio de 1840, pocos días después de la llegada de *L'Oriental*. Ver Csillag (2000), pp. 19 y 27. Para una aproximación a los trabajos «daguerrotípicos» del abate Comte en Brasil, ver «A viagem da Fragata francesa L'Oriental ao Brasil», [www.nomar.com.br/viagens\\_01.htm](http://www.nomar.com.br/viagens_01.htm).

avisos invitando a los porteños a retratarse con su invento.<sup>3</sup>

Otro de los tripulantes de *L'Oriental* que se granjeó súbita fama en Valparaíso fue el «doctor Thomas», cirujano de la expedición y primer embajador de la medicina homeopática en nuestro país. Continuamente las páginas de *El Mercurio* recogieron comunicados ofreciendo los servicios del facultativo, junto a una breve descripción de los beneficios de esta desconocida técnica: «El método homeopático fundado sobre numerosos hechos está al alcance de todas las inteligencias, y seguido por un número de médicos distinguidos de Francia y otras partes de Europa. Los específicos que se emplean en pequeñas dosis, están inmediatamente puestos en contacto con los órganos enfermos, y combaten con suceso las enfermedades de los ojos, sean agudas, sean crónicas, y la mayor parte de las afecciones reputadas incurables de los pulmones, del estómago, de los intestinos, de los nervios, de las articulaciones, etc. En ningún caso se exigirá nada a los pobres; los demás enfermos pagarán cuatro pesos por cada consulta, y media onza por cada visita a las casas».<sup>4</sup>

Al margen de estos ajeteos, Vendel-Heyl se propuso ocupar sus días en recoger noticias sobre el estado social del país. Con este objeto se propuso entrevistar a Simón Rodríguez, el excéntrico maestro de Simón Bolívar que residió varios años en Chile. El interés por conocer al eminente pedagogo caraqueño había surgido un mes atrás, durante la visita de *L'Oriental* a Talcahuano. En uno

<sup>3</sup> «El Fisionotipo.- Mr. Sauvage, adicto como artista a la corbeta francesa 'Oriental' (buque-colegio) para tomar con el auxilio de su ingenioso y útil descubrimiento, los tipos de la fisonomía de todos los pueblos que visita esta expedición en su viaje de circunnavegación, tiene el honor de prevenir a los habitantes de esta ciudad que hará, durante su corta permanencia en Valparaíso, los retratos de las personas que quieran aprovecharse de esta oportunidad, así como la ha practicado en Brasil con los de toda la familia imperial y demás. Este instrumento llamado fisionotipo tiene la ventaja de recibir en menos de cinco segundos de tiempo, la imagen verdadera de la cara, y de reproducirla en yeso con una semejanza perfecta, sin que resulte la menor incomodidad durante la operación. El artista garante la semejanza. Cada uno es dueño de admitir o no el retrato, si no saliese a satisfacción del interesado». *El Mercurio* de Valparaíso, 1 de junio de 1840.

<sup>4</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 2 de junio de 1840.



de sus recorridos por Concepción, Vendel-Heyl supo que hacía poco «había vivido en esa ciudad un ser muy original, loco para muchos, filósofo a juicio de unos pocos, que llevando una existencia llena de angustias y miserias, pasaba meditando una reforma social bajo un plan propio, pero análogo a los que proponían los socialistas europeos».<sup>5</sup> Allí mismo leyó un sugerente texto de Rodríguez publicado en 1828, *Las sociedades americanas*, donde encontró una frase que calzaba perfectamente con su pensamiento político: «Fin de la sociabilidad: hacer menos penosa la vida». En ningún momento el viajero imaginó que ideas semejantes pudieran abrigarse en estas latitudes. Por ello esperaba ansiosamente conocer al pensador americano, cuyas singulares propuestas sintonizaban con los elevados dogmas sansimonianos que él abrazara en su tierra natal. Tras algunas averiguaciones, supo que el enigmático autor se había trasladado a Valparaíso: así, la proyectada visita de *L'Oriental* al puerto sería la ocasión ideal para conocerlo.

Ferviente republicano y enemigo acérrimo de toda forma de tiranía, Vendel-Heyl había adherido tempranamente al círculo de seguidores del conde de Saint-Simon, precursor del socialismo moderno cuyo proyecto reformista congregó a importantes intelectuales e industriales europeos. Imbuidos del optimismo científico característico del siglo XIX, los sansimonianos apostaban por un orden social donde el sistema productivo y la organización de la propiedad respondieran a los dictados de la ciencia y los requerimientos de la industria, sintetizados en una delicada planificación que debía permanecer ajena a intereses particulares. Solo así se pondría fin a los ignominiosos privilegios de las «clases ociosas», perpetuadas por el derecho de herencia y alimentadas por la acumulación de las ganancias derivadas de la explotación a obreros y campesinos. Esta nueva organización de la sociedad, inscrita en la progresista teleología decimonónica y en la que empresarios, científicos y obreros trabajarían mancomunadamente

---

<sup>5</sup> Barros Arana (1873).

para el fomento de la producción, permitiría desterrar los vicios constitutivos del mundo moderno y procurar el bienestar de la humanidad, único «fin de la sociabilidad», en palabras de Simón Rodríguez.

A la muerte del líder, la dirección del grupo recayó en Barthélemy-Prosper Enfantin, bajo cuya influencia comenzaron a perfilarse los aspectos religiosos de la doctrina que Saint-Simon había esbozado oportunamente en *El nuevo cristianismo*, publicado meses antes de su deceso. Sobre esa base los sansimonianos fundaron una nueva religión, que veneraría las palabras del extinto maestro como una interpretación de la voluntad divina. También dieron vida a una iglesia con su propia jerarquía, un complejo ceremonial y un texto sagrado, *El Libro nuevo*, la biblia sansimoniana, cuya redacción se inició en esa época. Los sansimonianos sostenían además una serie de periódicos desde los cuales seguían defendiendo la abolición de la herencia, atacando la «tiranía del matrimonio» (exigían el derecho a divorcio en aras del amor libre) y denunciando los desaciertos del gobierno de turno. Sin embargo, despuntaba ya una crisis interna producto de desacuerdos entre grupos y facciones en el seno de movimiento, desacuerdos originados tanto por discrepancias en la interpretación de su filosofía como por ciertas querellas personales.

A comienzos de la década de 1830, Enfantin y sus correligionarios decidieron fundar una comunidad-modelo en Ménilmontant, cerca de París, para poner en práctica los principios de la nueva religión, incluido el polémico dogma del amor libre. Las autoridades francesas, alertadas por estos «atrevimientos» y «excentricidades», impulsaron un proceso judicial para detener las actividades del grupo, acusándolo de celebrar reuniones ilegales y ofender la moral pública. El sumario no hizo más que agudizar el conflicto que desde hacía un tiempo se fraguaba entre los sansimonianos, y tras la defección de algunos sectores solo cuarenta discípulos se mantuvieron junto a Enfantin, quien finalmente fue sentenciado a un año de prisión y cien francos de

multa. Vendel-Heyl era uno de ellos y, sin medir riesgos, después de que el grupo fuera disuelto por ley en agosto de 1832, continuó difundiendo la proscrita doctrina.

Por ello, la inesperada posibilidad de conocer a un «hermano de religión» en un paraje tan lejano encendió instantáneamente el ánimo de Vendel-Heyl. Con las escasas señas que tenía de Valparaíso se internó entre sus calles en busca de Rodríguez, quien a la sazón regentaba una pequeña escuela a la que asistían menos de veinte alumnos. No tuvo dificultades para encontrarlo. Finalizada la última clase del día, el anciano maestro recibió al visitante en un gabinete desvencijado que no causó buena impresión en el francés. Aunque éste insistía en guiar la conversación hacia las ideas que supuestamente los vinculaban, Rodríguez parecía más interesado en hablar de sí mismo. Escuchó sin asombro la exposición de Vendel-Heyl sobre los dogmas religiosos del sansimonismo, y no se mostró impactado por la analogía que existía entre su pensamiento y el de los principales socialistas franceses, a quienes sólo conocía de nombre. Con el paso de los minutos, la entrevista derivó hacia la crítica situación personal del venezolano, que Vendel-Heyl registró con detalle en el único fragmento conocido de su diario de viaje, o más bien supuesto diario de viaje, puesto que permanece incógnito: «Don Simón estaba reducido a la mayor escasez. Después de tantos viajes y estudios que habían consumido su fortuna, el pobre hombre se hallaba condenado a no salir de su casa, porque no tenía más que la chaqueta, el pantalón de tela grosera y el viejo sombrero que llevaba cuando le vi. Ni siquiera podía tener el consuelo de publicar el fruto de sus meditaciones, el resultado de esas observaciones a que lo había sacrificado todo. No encontraba ni editor ni suscriptores para su obra (...). El origen del descrédito y abandono en que había caído eran sus relaciones ilícitas con una india, de que había tenido dos hijos a quienes amaba y que regocijaban sus viejos días como si los hubiera tenido de una europea de pura sangre. Había querido despreciar la opinión del mundo, que volviéndole desprecio por

desprecio, no se dignaba fijar la atención en tal individuo, y le entregaban sin piedad a la miseria».<sup>6</sup>

Ciertamente, la entrevista no satisfizo las expectativas de Vendel-Heyl. En vez del socialista ardiente que creyó percibir en las páginas de *Las sociedades americanas*, encontró a un hombre cansado, casi resignado a las privaciones a las que el implacable juicio público lo había sentenciado. No obstante, guardó un grato recuerdo de la originalidad y calidez del septuagenario. Abandonó su humilde residencia al caer la tarde, pensando que jamás volvería a cruzar mirada con tan peculiar personaje.

### Nuevos horizontes

La solícita reacción de los porteños una vez conocida la noticia del naufragio de *L'Oriental* mudó en sincera hospitalidad al momento de acoger a los infortunados tripulantes. La mayoría de éstos, comprensiblemente abatidos por el abrupto fracaso del proyecto de circunnavegación, decidió volver de inmediato a Europa embarcándose en navíos regulares. Sabemos de cuatro expedicionarios que optaron por probar suerte en Chile: el piloto primero y profesor de hidrografía Guillaume Cocq, el reputado «doctor Thomas», Louis Antoine Vendel-Heyl y su hijo Émile, preceptor de gramática en la expedición y quien a sus veinte años ya se encumbraba como digno sucesor de su padre en el manejo de las lenguas clásicas.

Vendel-Heyl no dudó a la hora de tomar la decisión de fijar residencia en Chile. Nada en Francia le imponía la idea del retorno. Su esposa había muerto muy joven, y su única hija estaba casada con el conocido librero galo Desessarts, con quien forjaba una

---

<sup>6</sup> El texto fue publicado por los hermanos Amunátegui en una biografía de Rodríguez que apareció meses después de la muerte del profesor francés. Ver Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui (1854), pp. 251-260.

sólida familia. Paul, el primogénito, se había establecido en la isla de Guadalupe, en Centroamérica. La compañía de Émile, con quien compartía la pasión por el mundo clásico, le proporcionaría el afecto familiar en el nuevo destino. Por lo demás, el panorama en su tierra natal no parecía favorable en términos académicos, pues su férreo compromiso con la escuela sansimoniana había minado su reputación ante el Ministerio de Instrucción Pública francés. Vendel-Heyl nunca fue formalmente despojado de sus cargos, pero las autoridades lo vigilaban continuamente a raíz de ciertos rumores que vinculaban al maestro con sociedades secretas afanadas en sembrar el germen de la insurrección. La ojeriza fruto de estas sospechas se expresó en la resolución de comisionarlo para integrar el cuerpo docente de la ciudad de Lyon, en 1839, justo cuando se organizaba el proyecto de *L'Oriental*. La medida buscaba alejarlo definitivamente de la capital, donde su presencia era una amenaza mayor debido a sus vínculos y su prestigio entre los estudiantes. Agraviado, Vendel-Heyl renunció a su puesto en la prestigiosa Universidad de París. A los pocos meses se integraba a los preparativos de la «academia itinerante».

Ya radicado en el puerto, y confiado en que sus conocimientos le permitirían allegar los recursos indispensables desempeñándose como profesor, su primera diligencia fue visitar nuevamente a Simón Rodríguez. Pensaba convencerlo de fundar en sociedad un establecimiento educacional cuya base sería la pequeña escuela dirigida por el caraqueño, que al parecer funcionaba precariamente. Rodríguez se negó. El proyecto resultaba interesante, adujo, pero lo creía perjudicial para el francés: su mala fama, que a esas alturas parecía una verdadera maldición, impediría la llegada de los alumnos necesarios para sostener el recinto. Vendel-Heyl reaccionó con cierta molestia, reprochándole a Rodríguez su falta de sentido práctico, y la despreocupación con que afrontaba los requerimientos de la vida material. «Tiene usted razón —repuso Rodríguez—; yo, que desearía hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. Pero, ¿qué quiere usted? La libertad me es más querida que

el bienestar. He encontrado, entre tanto, el medio de recobrar mi independencia y de seguir *alumbrando* a la América. Voy a fabricar velas. La profesión de velero es más noble que lo que a primera vista podría aparecer. En el siglo de las *lucres*, ¿qué ocupación puede haber más honrosa que la de fabricarlas y venderlas?». <sup>7</sup> Y así lo hizo.

Descartado este primer intento por asegurar un destino claro, Vendel-Heyl se dejó seducir por el proyecto de Guillaume Cocq, uno de sus compañeros de viaje, quien, atendiendo a la boyante actividad económica del puerto, había concebido la idea de establecer allí una Escuela de Marina y Comercio. Valiéndose del único capital que poseían, presentaron una propuesta formal ante el cuerpo municipal, que no solo los favoreció con una modesta subvención sino que los puso al frente de la Academia Náutica de la ciudad, institución que sería fusionada con el naciente recinto. *El Mercurio* saludó con entusiasmo la iniciativa, pues la nueva dirección proporcionaría a la marina «jóvenes de provecho, sin la necesidad de mendigar fuera una instrucción que les era tan necesaria». Pero no todos los habitantes recibieron tan bien la noticia. Dos días después de esa editorial, un molesto lector –miembro del cuerpo municipal– defendía la gestión de los antiguos encargados de la escuela náutica, sutilmente puesta en entredicho por el periódico; la ácida polémica continuaría en la edición siguiente.

Para los flamantes profesores, entre tanto, esta nueva posición parecía poner fin a los días de incertidumbre económica. Sin embargo, las expectativas comenzaron a debilitarse ante la fuerza de un obstáculo inesperado: ellos mismos. Cocq se fue convenciendo de que sus conocimientos podían rendir mejor fruto en la industria local, aprovechando con astucia las particulares ventajas comerciales que ofrecía Valparaíso. Al poco tiempo abandona sus compromisos docentes para probar fortuna en dos negocios paralelos: una curtiembre y una fábrica de aceite. Vendel-Heyl, por su parte, no tardó mucho en descubrir que su carácter y la

---

<sup>7</sup> Latcham (1969), p. 102.

naturaleza de su formación intelectual no se avenían con el perfil requerido para instruir a futuros pilotos y comerciantes. Menos todavía para dedicarse a la industria. Embarazado por este nuevo revés, y quizás teniendo fresco el recuerdo de las condiciones en que había encontrado al otrora ilustre Simón Rodríguez, asume la inviabilidad de su futuro en el puerto. Entonces decide trasladarse a Santiago, creyéndolo destino seguro, si es que había uno, para alguien que solo conocía de poetas y textos clásicos.

Vendel-Heyl y su hijo Émile arriban a la capital del país a fines de 1841, en medio del entusiasmo que había coronado el ascenso al poder del victorioso general Manuel Bulnes, prócer de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. La celebración de un nuevo aniversario de la Independencia había servido para exteriorizar la euforia y satisfacción general tras un conflicto resistido al comienzo, pero que a la postre fue legitimado como incontestable anuncio de un futuro esplendoroso. «¿Quién podrá desconocer –inquiría Andrés Bello desde las páginas de *El Araucano*– los grandes destinos de la nueva era que hoy se abre para los chilenos, a vista del estado próspero del país y del impulso de vida y actividad que hoy recibe por todo? ¿No está vivo entre nosotros el recuerdo de las desgracias y extravíos pasados, para que no sepamos apreciar y conservar los bienes presentes? El estado lamentable de casi todos los países sudamericanos, ¿no hablará constantemente a nuestros corazones y a nuestra razón, exigiendo imperiosamente el sacrificio de todas nuestras pasiones por la conservación de una paz tan cara y en la que se fundan todas nuestras esperanzas? (...) el aniversario de este año será, sin duda, notado entre los demás, por los acontecimientos importantes y gloriosos que lo han precedido, por los que deben acompañarlo y por la nueva era de prosperidad que se abre para la república».<sup>8</sup> Las pomposas fiestas celebradas durante esos días y la amnistía general decretada un mes después –que autorizaba el regreso de todos los chilenos desterrados por sus «tratativas o hechos

<sup>8</sup> Barros Arana (2003), tomo I, pp. 217-218.

contra las autoridades o contra el orden público del Estado»— eran signos del espíritu triunfalista y conciliador que Bulnes y los suyos pretendían imprimir al nuevo gobierno.

Este ambiente preñado de optimismo era el escenario ideal para iniciar una nueva vida y olvidar los primeros fracasos. Echando mano de sus recursos notoriamente mermados tras los meses de residencia en Valparaíso, los Vendel-Heyl arriendan una modesta vivienda para ofrecer instrucción literaria a los jóvenes acomodados de la capital. Si bien el plan de estudios se restringía a las principales competencias de ambos maestros, a saber, gramática, lenguas clásicas y francés, su sólida formación intelectual les permitía además ofrecer nociones de historia, literatura y filosofía. La iniciativa resultó solo medianamente satisfactoria: el número de estudiantes era discreto, aunque suficiente para asegurar el sostén del recinto y generar una renta de cierta consideración durante el primer año de funcionamiento.

Es precisamente en esta época, principios de 1842, que Louis Antoine Vendel-Heyl conoce a una figura que resultará trascendental en su trayectoria: Andrés Bello. Radicado en Chile desde junio de 1829, el sabio venezolano no tardó en obtener el prestigio y reconocimiento necesarios para mantenerse estrechamente vinculado con las más altas esferas del poder, y hacia los años cuarenta —la «década triunfal», según uno de sus biógrafos— ya ejercía una influencia indiscutible en el panorama político e intelectual del país. Las credenciales del francés llamaron la atención de Bello justo cuando se sentaban las bases del nuevo Plan de Estudios Humanista, una de las reformas educacionales más relevantes del siglo XIX y que comenzará a aplicarse en 1843. Dicho plan confería gran importancia a la enseñanza de la lengua y literatura latinas, materias consideradas esenciales no solo en términos pedagógicos sino también para las pretensiones políticas subyacentes en el proyecto: la aproximación a las obras cumbre de los poetas, oradores e historiadores clásicos permitiría «inculcar y desarrollar las virtudes cívicas» en los jóvenes chilenos, formando



así ciudadanos fuertemente comprometidos con el régimen republicano.<sup>9</sup>

Este énfasis en la lengua y literatura latinas exigía una reforma general de los métodos de enseñanza. La mayoría de los profesores de estas materias no poseían las herramientas indispensables para consumir el objetivo político del programa, pues aun cuando manejaran con soltura los fundamentos del latín, carecían de una formación satisfactoria en literatura e historia romanas. Gran parte de ellos había estudiado en las décadas de 1820 y 1830 según un programa orientado fundamentalmente al conocimiento de la lengua y basado en textos de la época del Bajo Imperio, donde campeaban autores –cristianos, por lo general– que resultaban de poca utilidad para la transmisión de virtudes cívicas. La reforma, entonces, imponía ampliar el horizonte para incluir a escritores de la época final de la República romana y del Siglo de Oro, ciertamente más provechosos en relación con el nuevo objeto; asimismo, los maestros no solo debían enseñar a leer y traducir desde el latín, sino entregar a los estudiantes una explicación relativa al contexto de cada autor y su obra, única vía para aclarar el vínculo entre dichas creaciones y los principios cívicos que los jóvenes debían asimilar.<sup>10</sup>

Vendel-Heyl calzaba perfectamente con el perfil del latinista que la reforma precisaba. Tanto sus investigaciones publicadas en Francia como sus métodos de enseñanza se habían distinguido del trabajo de sus contemporáneos por la importancia que atribuía a

---

<sup>9</sup> Nicolás Cruz (2002), en su investigación sobre el Plan de Estudios Humanista, explica los alcances políticos de la reforma: «La enseñanza de los clásicos, especialmente los romanos, venía a formar al ciudadano en el sentido más tradicional de esta palabra, esto es, jóvenes formados al calor de los grandes ejemplos de los tiempos más antiguos de la historia, y no necesariamente a partir de los hechos más inmediatos, tanto en lo cronológico como en lo geográfico. En el conocimiento de la Antigüedad, narrada magistralmente –según los ilustrados– por poetas, oradores e historiadores, se nutría el compromiso del individuo con la sociedad (Cicerón); la necesidad de resguardar al Estado contra la corrupción (Salustio), [y] el empeño por defender el territorio en el caso que las fronteras se viesan amagadas (Tácito)», p. 90.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 87-88.

la crítica y a lo que se denominaba «la explicación de autores», fórmula que suponía enriquecer cada lección con referencias históricas, filosóficas y literarias a partir de una simple traducción. Confiado en que los conocimientos del humanista francés y de su hijo podían contribuir notablemente a la ejecución del nuevo plan, Bello recomendó sus nombres a las autoridades.

Émile Vendel-Heyl fue el primer beneficiado con este vínculo. Francisco Bello, el segundo hijo de Andrés, había renunciado recientemente a su cátedra superior de latín en el Instituto Nacional por las complicaciones derivadas de una tuberculosis que lo sumió en una larga agonía. Para cubrir la plaza su padre presentó como candidato a Émile, quien asumió el cargo el 12 de febrero de 1842. Tiempo después, y mientras se organizaban las cinco facultades que darían vida a la Universidad de Chile, se nombró a Louis Antoine Vendel-Heyl, también a instancias de Bello, como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. La designación inaugurará otra etapa en la trayectoria intelectual del humanista francés: luego de tres años de inestabilidad e incertidumbre, por fin encontraba las condiciones para retomar sus investigaciones y proyectos suspendidos tras su alejamiento de la Universidad de París.

Pronto Bello y otros miembros de la Universidad de Chile comprendieron que Vendel-Heyl podía prestar servicios más eficaces en el Instituto Nacional, asumiendo directamente la enseñanza de lenguas clásicas. Con este fin se creó una clase de latinidad superior donde los alumnos podrían perfeccionar sus conocimientos y aproximarse a las principales manifestaciones literarias del idioma imperial. Asimismo se le confiaría el primer curso de griego que se dictaría en una institución pública del país, inaugurando una tradición que después mantendrían humanistas de nota como Justo Florian Löbeck, José Roehner, Carlos Rudolph y Federico Hanssen.

No fueron pocos los obstáculos que debió enfrentar Vendel-Heyl como profesor del Instituto. A su precario manejo oral del castellano, que le jugó más de una mala pasada durante sus lecciones, se sumaba la natural resistencia de los estudiantes frente a materias

que definitivamente no los seducían. Diego Barros Arana, miembro de la primera generación que asistió a sus clases, grabó los recuerdos de aquellos días en su discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, dedicado a la memoria de su maestro y predecesor: «Nosotros (...) creímos que el ramo que se nos quería enseñar era tan innecesario como difícil, y cometimos el indisciplinable crimen de pretender vengar en la persona del bondadoso maestro los trabajos que nos imponía esta nueva tarea. No tomamos en cuenta los honrosos antecedentes del sabio profesor ni el singular cariño con que miraba a cada uno de sus discípulos: tratamos sólo de incomodarlo, y para esto no perdonamos arbitrio ni travesura que pudiesen serle importunos. En estas circunstancias Vendel-Heyl probó la sagacidad de su espíritu para domar a sus bulliciosos y díscolos discípulos: sin apelar a ninguna medida severa, sin irritarnos con castigos infamantes o afflictivos, el experimentado profesor del colegio de Saint Louis venció nuestra soberbia, y nos redujo a oír con agrado y compostura las sabias lecciones que habíamos despreciado anteriormente. Desde entonces nuestra simpatía por él fue tan profunda como había sido grande nuestro encono».<sup>11</sup>

La incorporación de Vendel-Heyl a las principales instituciones educacionales del país le permitió cruzar la década de 1840 sin sobresaltos económicos. Aun cuando sus ingresos no le permitían grandes comodidades, siempre mantuvo distancia de las exigencias del lujo; por lo demás sus ambiciones se reducían al incremento de su prestigio académico. Como no tenía más capital que el talento, concentró todas sus fuerzas en el cumplimiento de las tareas que su nuevo destino le imponía. Junto a sus compromisos docentes y los trabajos de investigación que llevaba adelante con asombrosa disciplina, ofició también de examinador de los cursos literarios e históricos del Instituto Nacional, confirmando la solidez y universalidad de sus conocimientos. Tampoco perdía oportunidad

---

<sup>11</sup> Barros Arana (1855), p. 204.

de enviar informes a las autoridades de la universidad respecto del rumbo que tomaba la enseñanza en la joven república. La claridad de las impresiones que en ellos vertía le cubrió del reconocimiento y la autoridad que solo se confiere a los especialistas.

Sin embargo, ninguno de estos laureles compensaría los sufrimientos que iba a experimentar en el curso de la década. Meses antes de su incorporación formal a la Universidad de Chile se enterará de la muerte de su hijo Paul, víctima del terremoto que azotó a la isla Guadalupe el 8 de febrero de 1843. Cuatro años después deberá afrontar el deceso de Émile, su fiel compañero y único sostén familiar en estas latitudes, quien murió en los brazos de su padre, consumido por una fiebre mortal. El círculo de sus afectos filiales quedaba reducido entonces a su hija, residente en París. Desde ese momento no parecía existir mejor antídoto que el trabajo para sobrellevar estas amarguras, y la soledad.

### Escéptico y sansimoniano

Hacia 1848 el nombre de Louis Antoine Vendel-Heyl comienza a aparecer profusamente en la prensa local, que no ahorrará elogios al saludar la publicación de una de sus contribuciones más importantes a la bibliografía local, el *Sumario de la historia de Grecia y de Roma, hecho con el objeto de enseñar la versión del castellano al latín*, obra que según los comentarios más prudentes iniciaba una verdadera «revolución» en el estudio de la lengua latina en el país.<sup>12</sup> Valiéndose de un compendio inglés de historia grecolatina, Vendel-Heyl había elaborado un texto que serviría para realizar traducciones siguiendo un método no muy frecuente: los estudiantes debían trasladar desde el castellano al latín y no al revés, como era habitual. Según Vendel-Heyl, ése era el mejor procedimiento para «comprender el genio de la lengua», pues

---

<sup>12</sup> *Revista de Santiago* (1848), p. 179.

ante la necesidad de traducir los propios pensamientos a otro sistema, se imponía la obligación de conocer con precisión las diversas construcciones gramaticales y conservar exactamente la significación de los términos empleados. Además, el ejercicio se realizaba sobre un tema específico —historia griega y romana—, con lo cual los estudiantes adquirirían nociones generales de ambas culturas «de manera casi insensible». La obra, adecuada al milímetro a los objetivos del Plan de Estudios Humanista, estuvo en uso cerca de cuatro años, en calidad de principal texto de enseñanza del latín en la educación secundaria.

Respaldado por la satisfactoria recepción de su trabajo, Vendel-Heyl decidió proponer a la universidad un ambicioso proyecto: confeccionar una antología de textos latinos, con el fin de enriquecer la estrecha nómina de autores con que entonces se impartían los cursos correspondientes. Esta obra, al igual que la anterior, debía servir a los necesarios ejercicios de lectura y traducción que ocupaban los primeros años de estudio y, a su vez, entregar las noticias indispensables para que los estudiantes pudieran conocer la evolución y los giros experimentados por la literatura latina. Como la idea ya circulaba desde algún tiempo en el gobierno, la propuesta fue inmediatamente acogida, y para su ejecución se destinó la cantidad de quinientos pesos anuales. Contaría además con todo el respaldo de la Universidad de Chile y su rector, quien incluso comprometió la redacción de una reseña histórica que serviría de presentación al proyecto. La experiencia y conocimientos de Vendel-Heyl permitían suponer que la obra constituiría un hito en el estudio de las lenguas clásicas: la elección de los autores apropiados y una delicada explicación del contexto de sus creaciones contribuirían a fijar definitivamente el rumbo que se deseaba imprimir a este tipo de estudios.

En Francia, durante sus años de formación, Vendel-Heyl había llegado al convencimiento de que los problemas abordados por los poetas antiguos coincidían en más de algún punto con las doctrinas defendidas en el siglo XIX por los intelectuales socialistas que

admiraba.<sup>13</sup> Poco había en los autores modernos que no hubiera sido analizado o representado con maestría y sutileza por los clásicos. Vendel-Heyl reafirmó esta idea cuando adhirió sin reservas al controvertido sistema sansimoniano. Tras largas jornadas de investigación y estudio, párrafos que ayer parecían irrelevantes se convertían, a la luz de la nueva certeza, en verdaderos anuncios de las teorías sociales contemporáneas. Aquella ingenua pasión por el mundo antiguo que había motivado sus adolescentes indagaciones cobraba ahora un sentido político impresionante, del que decidió hacerse cargo. Aunque consciente de que nunca llegaría a ser un pensador socialista destacado, sabía que sus trabajos le permitirían propagar la doctrina entre los jóvenes que le seguían con entusiasmo. Algo que sin duda tenía en mente al comenzar las tareas de selección para la obra que el gobierno chileno le había confiado. Al igual que las autoridades de la república, él también perseguía un elevado objetivo político.

El primer autor que trabajó fue Plauto, famoso comediógrafo latino de la segunda mitad del siglo III e inicios del II a.C. La elección se justificaba tanto por la inigualable comicidad de sus textos como por la delicadeza con que utilizaba los temas y los impertinentes diálogos que ponía en boca de sus personajes —por lo general esclavos—, para atacar disimuladamente los principios aristocráticos imperantes en la Roma de su tiempo. En *Las báquides*, una de sus obras preferidas, Vendel-Heyl creía ver un magistral retrato de la compleja relación entre amos y siervos, símbolo de las tensiones provocadas por una «subordinación de clases y rangos enteramente artificial y forzada, que propendía por todas partes a disolverse y destrozarse». A propósito de la astucia del esclavo, tópico recurrente en este autor, dice Vendel-Heyl: «En ausencia de una ley verdaderamente moral, que mande igualmente al superior y al inferior, y que les prescriba a cada uno los deberes que les impone respectivamente su fraternidad o su

---

<sup>13</sup> Barros Arana (1855), p. 203.

unión en la unidad divina, entablada la lucha entre la fuerza brutal y la debilidad maliciosa y astuta, la victoria queda y pertenece legítimamente al más diestro, porque está caminando hacia la civilización, al paso que, a pesar de la ley civil o política que le protege, su adversario no es más que un salvaje».<sup>14</sup> Los guiños a la idea de fraternidad universal, tan cara al círculo sansimoniano, son más que evidentes.

Los resultados de esta primera selección de los *Estudios de la literatura latina* fueron publicados en 1850, e inmediatamente el maestro inició el tomo dedicado al segundo autor de su nómina, el también comediógrafo Terencio, esclavo manumiso de la Roma republicana que solo alcanzó el reconocimiento público con la cuarta de las seis obras de su autoría. Menos polémico y punzante que Plauto, Terencio destacó por la sobriedad de sus creaciones y el delicado manejo del latín, razones que lo hicieron uno de los autores más apropiados para el estudio de la lengua en siglos posteriores.

Presentada esta segunda parte de la obra, en 1851, Vendel-Heyl se afanó en la publicación de la tercera sección, donde analizaría a tres poetas del siglo de Augusto: Manilio, Cátulo y Lucrecio. La alteración del plan seguido hasta el momento –un autor por entrega– no era casual. Vendel-Heyl, como buen estudioso de la literatura antigua, no podía desconocer que ciertos autores estaban tácitamente proscritos de la enseñanza por las peligrosas doctrinas que sus textos transmitían. Lucrecio era uno de ellos. Ferviente seguidor de Epicuro y uno de sus más conocidos introductores en el mundo latino, las ideas del gran poeta del siglo I a.C. habían permanecido durante siglos en total oscuridad, pues entrañaban un ataque mortal a los dogmas del cristianismo. *De la naturaleza de las cosas* (*De Rerum Natura*), su única obra conocida, constituía un genuino esfuerzo por desembarazar a la humanidad del miedo engendrado por los dioses y la muerte, causa principal de

---

<sup>14</sup> Ibid.

la infelicidad en los hombres. Para ello ofrecía una explicación científica de todos y cada uno de los fenómenos naturales, al tiempo que negaba la inmortalidad del alma, pareciéndole imposible que ésta sobreviviera al cuerpo. Con la misma certeza afirmaba que, aun cuando los dioses existieran, la humanidad nada tenía que temer: de seguro vivían al margen de todo, absolutamente indiferentes a los acontecimientos humanos y las manifestaciones de la naturaleza. No sorprende, entonces, que durante gran parte del siglo XIX la obra de Lucrecio permanezca marginada de cualquier programa de enseñanza y que, por lo mismo, fuera traducida y difundida por latinistas afines al liberalismo radical o el anticlericalismo militante, que veían en ella, con justa razón, una saeta que apuntaba en pleno corazón del fanatismo religioso.

Nadie que conociera a Vendel-Heyl ignoraba la sintonía entre sus ideas y las de Lucrecio. En no pocas ocasiones, al calor de la confianza en la amistad sincera, había declarado su total desprecio por la religión, sistema que no aspiraba a otra cosa que al dominio terrenal y para lo cual, sostenía el maestro galo, era capaz de crear cada día un nuevo dogma si se trataba de «conservar su predominio sobre las conciencias». Así, si bien no podía expresar públicamente sus opiniones al respecto, buscó la manera de deslizarlas bajo la apariencia de una sentida admiración literaria por Lucrecio —auténtica, por lo demás— en la advertencia que abriría la publicación: «Su genio halló acentos sublimes para atacar todas las inspiraciones del genio, la providencia, la inmortalidad del alma, el porvenir. Su desgraciado entusiasmo hace de la nada un ser poético; insulta a la gloria, se goza en la muerte y en la catástrofe final del mundo; y del fango de su escepticismo levanta el vuelo a las más encumbradas alturas. Suprime todas las esperanzas, ahoga todos los temores y encuentra una poesía nueva en el desprecio de todas las creencias poéticas. Grande por los apoyos mismos de que se desdeña, álzase por la sola fuerza de un estro superior y de un genio que se inspira a sí mismo. Y no sólo abundan en su poema las imágenes fuertes sino las suaves



y graciosas. Su sensibilidad es toda material, y sin embargo es patética y expresiva».

Su apuesta de incluir a Lucrecio junto a dos autores menos controvertidos no tuvo éxito. Apenas corrió la noticia de los poetas que formarían parte de la tercera sección de los *Estudios de la literatura latina* (cuya publicación estaba prevista para los primeros meses de 1852), los círculos conservadores y clericales armaron un escándalo de proporciones. Partiendo por el rotundo rechazo a la eventual publicación de fragmentos del poema, siguieron con una campaña de desprestigio que no supo de contemplaciones. Vendel-Heyl fue acusado de ambicionar puestos universitarios e incluso se llegó a poner en duda su talento, al punto de señalar que nunca habría salido de Francia si realmente hubiese sido un humanista distinguido.<sup>15</sup> En vano trató Andrés Bello de convencerlo de suspender la publicación; el francés estaba resuelto a seguir con su proyecto a pesar de las punzantes críticas que había despertado.

El escándalo, sin embargo, no era más que la oportuna excusa para justificar un plan que se había puesto en marcha meses antes: cualquier ciudadano informado o afecto al poder, como Bello, conocía los verdaderos motivos de la inquina. La convulsionada llegada al poder de Manuel Montt, en medio de una sangrienta guerra civil, había significado también el arribo de los sectores más extremos del conservadurismo criollo. Y esta presencia se hizo notoria en la conformación del primer gabinete ministerial: en la estratégica cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública figuraba Fernando Lazcano, piadoso político conservador para quien «no había mejores educadores de la juventud que los eclesiásticos».<sup>16</sup> Empeñados en desterrar las ideas liberales de las instituciones de educación, Lazcano y sus correligionarios utilizarán todos los resortes para destituir a personajes de reconocida filiación liberal e instalar en su reemplazo a miembros del clero. En febrero de 1852

---

<sup>15</sup> Ibid.

<sup>16</sup> Domingo Amunátegui (1946), p. 123.

asestaron su primer golpe, forzando la renuncia de Francisco de Borja Solar a la rectoría del Instituto Nacional. Su lugar lo tomó el presbítero José Manuel Orrego, quien anunció los nuevos tiempos despidiendo al vicerrector y los inspectores para designar en esos cargos a representantes del mundo eclesiástico. Ante este panorama, la destitución del humanista francés era cuestión de tiempo u oportunidad. La inminente publicación de los versos de Lucrecio inclinó la balanza hacia la segunda alternativa.

Mientras tanto, Vendel-Heyl desatendía los consejos de quienes le proponían solicitar su jubilación, para conservar al menos una parte importante del sueldo que recibía por los cursos que todavía impartía. «Para jubilarme —habría respondido el francés— necesitaría manifestar que me hallo impedido por el estado de mi salud de seguir desempeñando las funciones de profesor, esto es, necesitaría mentir para demostrar que estoy enfermo, cuando realmente estoy bueno; y si mi conciencia condena toda mentira, con mucha mayor razón rechaza la mentira que tiene por objeto el asegurarse la posesión de algunos pesos.» A nadie conmovió tan alta declaración de honradez. El 4 de marzo de 1852 Vendel-Heyl era separado de sus cargos en el Instituto Nacional por considerarse innecesarios sus servicios.

Pero la ojeriza de los nuevos dueños del poder no se vio mitigada con esta medida, pues el alejamiento de Vendel-Heyl del Instituto en ningún caso frustraba la aparición de los poemas de Lucrecio. Como el proyecto dependía de los quinientos pesos que la Universidad de Chile había destinado al efecto, para detener la publicación era necesario que la misma institución retirase la subvención. La campaña se reinició, entonces, con mayor virulencia. Vendel-Heyl era ahora abiertamente sindicado como un francés irreligioso y sansimoniano que pretendía corromper a los jóvenes mediante la enseñanza de autores cuyas ideas atentaban contra los pilares del orden social. Sorprendente como suena, los denunciantes no solo acudían a la figura de Lucrecio para sustentar sus acusaciones, sino también a la de Plauto, sobre el cual nadie

había manifestado preocupación cuando en 1850 apareció la obra a él dedicada. No cabía duda: los tiempos habían cambiado.

A fuerza de insistencia, los improvisados inquisidores no tardaron en lograr su objetivo. El 2 de abril de 1852, el gobierno publicaba el siguiente decreto: «No correspondiendo las publicaciones hechas por don L.A. Vendel-Heyl al objeto que se propuso el gobierno, y aun contrariándolo según informes dados por miembros de la Universidad y otras personas, se suspende la referida publicación».<sup>17</sup> Aun cuando conocemos los motivos de fondo de esta resolución, que poco tenían que ver con las doctrinas supuestamente disolventes que entrañaban las creaciones de los poetas latinos, resulta innegable que los autores escogidos por Vendel-Heyl no contribuían en forma eminente a los elevados propósitos cívicos que el Plan de Estudios Humanista perseguía. Ergo, desde el punto de vista de la autoridad, la decisión de suspender el proyecto tenía pleno sentido.

Lo que sí sorprende es la mención a los desfavorables informes presentados por los «miembros de la Universidad y otras personas» a propósito del asunto. Según el testimonio de Diego Barros, quien sucederá a Vendel-Heyl como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, muy pocos entre el cuerpo docente tenían los conocimientos suficientes para ofrecer un juicio certero respecto de las obras de Plauto y Lucrecio; por lo mismo, lo más lógico era que el gobierno hubiese acudido al Consejo Universitario, único órgano válido para servir de canal entre el Presidente de la República y el cuerpo de profesores. Y precisamente allí se encontraban quizás los dos nombres competentes en la materia: Andrés Bello y Salvador Sanfuentes. Conviene anotar una idea respecto del primero. Bello, en su calidad de rector de la Universidad de Chile, era quien mejor conocía el plan de publicación de una obra que él mismo había estimulado; de hecho, participó directamente en el tomo dedicado a Plauto con una breve introducción relativa a la historia de la

---

<sup>17</sup> Barros Arana (1874).

literatura latina. Se cree que el gobierno no acudió a esta instancia para tomar la decisión. De lo contrario, no se entiende el silencio del intelectual venezolano.

### Fojas cero

Vendel-Heyl recibió la notificación con asombrosa serenidad. Su actitud, lejos de la ira, sugería una resignación muchas veces ensayada. Puesto nuevamente a prueba por la incertidumbre económica, comenzó a barajar la idea de ofrecer clases privadas de francés, literatura e historia, tal como había hecho durante el primer año de residencia en la capital. También pretendía impartir lecciones de latín, pero no creía seguro que los santiaguinos estuvieran interesados en la materia. Al menos, no con él como profesor.

Sentenciado una vez más al ostracismo por sus inquietantes ideas políticas, y cargando con más de sesenta años, esta vez no tuvo las fuerzas suficientes para buscar un mejor destino. Sumiso ante el nuevo trance, estaba resuelto a terminar sus días sin más recursos que la modesta renta que conseguía oficiando de maestro particular. No pocos contemporáneos lo recordarán caminando a paso lento por las calles de Santiago, en dirección de uno de los tantos domicilios donde impartía sus otrora concurridas y preciadas lecciones. Irónicamente, parecía experimentar en carne propia el abatimiento y desgano que años atrás había reprochado con altanería a Simón Rodríguez. Vivió el año 1852 y gran parte de 1853 sumido en estos rutinarios afanes.

Andrés Bello, aguijoneado quizás por una conciencia intranquila, quiso compensar en algo los servicios del ilustre humanista restituyéndole en alguna de sus antiguas comisiones. Con este fin propuso al Consejo Universitario reanudar la polémica colección de autores latinos bajo el compromiso de supervisar cada uno de los trabajos que Vendel-Heyl pretendiera enviar a imprenta.

La propuesta fue aceptada por unanimidad el 11 de noviembre de 1853 y la resolución fue recibida con satisfacción por el maestro; sin embargo, un nuevo golpe emocional tornaría irrelevante la tardía designación: a los pocos días de aprobado el proyecto se le notifica la muerte de su hija en París. La fuerte impresión provocada por esta pérdida resultará letal para la ya delicada salud del maestro. Después de una agonía medianamente pacífica, Vendel-Heyl fallece el 13 de febrero de 1854.

Como era de esperar, su deceso no causó gran revuelo. La población se limitó a recoger y comentar los rumores que circulaban sobre los últimos minutos de vida del polémico profesor: «Había muerto como los filósofos —se decía—, sin pedir ni aceptar los sacramentos y ceremonias que la iglesia dispensa a los que mueren en su seno». Su modesto funeral, tan distinto del de otros intelectuales como él, no hizo más que confirmar la amarga indiferencia del pueblo y el encono del gobierno hacia su persona. Con la honrosa excepción de un par de decanos, ninguna autoridad universitaria se hizo presente para despedir a uno de sus docentes más destacados. Ni siquiera Andrés Bello, a quien Vendel-Heyl siempre consideró un amigo sincero. Su muerte tampoco fue anunciada en las páginas de *El Araucano*, el periódico oficial. Quienes sí asistieron en gran número fueron los ciudadanos franceses avecindados en la capital. A pocos importó conocer solo de nombre al extinto coterráneo: simplemente concurrían para brindar ese homenaje que de seguro los chilenos omitirían.

No hubo grandes discursos ni intervenciones encendidas en recuerdo del humanista. Ventura Blanco Encalada, a la sazón decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, fue el único que alcanzó a ensayar una breve alocución. Sin ánimos oficiales, por cierto; sus palabras eran las de un amigo, no las de un colega. La única soflama que se proponía rescatar la memoria del ilustre intelectual no alcanzó a ser pronunciada. Un inesperado contratiempo impidió que el joven poeta Guillermo Matta recordara a los presentes las credenciales del hombre que yacía enfrente. Afortunadamente,

sus palabras se conocieron al día siguiente, como forzado epílogo de una relación que confirmaba la ingratitud del pueblo chileno: «Cabeza inteligente y profunda, alma noble y elevada, Vendel-Heyl era uno de esos hombres que esperan siempre, que sueñan para la humanidad un porvenir más bello, y que, doblados sobre el abismo de los sucesos, ven pasar y repasar, hundirse y elevarse esa gran masa de ideas que fecundan el cerebro humano. ¡Cuántas veces nosotros hemos visto sus ojos encenderse, su frente anciana desarrugarse, y en su labio atropellarse la palabras, explayando su doctrina grandiosa, sus sentimientos generosos, sus sueños de regeneración y sus contemplaciones estéticas, envueltas en una atmósfera de ternura y abnegación y perfumadas de amor! Discípulo de Saint-Simon, conservaba en su corazón el eco todavía sonoro de esa palabra sublime que Enfantin incrustaba con su elocuencia, y que sembró en los corazones gastados e infecundos los gérmenes de la esperanza, de rehabilitación; de amor en fin, misteriosa cadena que unirá un día la humanidad reparada en una sola y gran familia! Y sin embargo, este hombre bueno, este sabio modesto, fue víctima de sus ideas, de la intolerancia vulgar, de la sociedad ignorante, y alguna vez la boca podrida del tartufo escupió su reputación. Al hombre bueno, al hombre virtuoso, al director de la juventud, llámole inmoral, irreligioso, corrompido! ¿Y por qué? Porque la preocupación quiere avasallar lo que jamás será su esclavo, el pensamiento (...).»<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> *El Mercurio* de Valparaíso, 15 de febrero de 1854.